

La leyenda de la Isla de la Luna

Hace mucho tiempo, en un pequeño pueblo costero llamado San Gabriel, vivía una joven llamada Valeria. Ella había crecido rodeada del océano, observando cómo las olas rompían contra las rocas y cómo los barcos llegaban y partían en busca de aventuras. Aunque le encantaba el mar, siempre había sentido una extraña fascinación por una isla lejana que se divisaba en el horizonte, conocida por todos como la Isla de la Luna. Se decía que nadie que hubiera intentado llegar hasta ella había regresado con vida, pero las leyendas sobre esa isla eran demasiado misteriosas como para no despertar la curiosidad de Valeria.

La Isla de la Luna tenía un brillo especial al amanecer, como si el propio satélite celestial la tocara con su luz plateada, y las historias sobre ella hablaban de tesoros ocultos, criaturas fantásticas y secretos ancestrales. La abuela de Valeria, una mujer sabia que vivió toda su vida en San Gabriel, le había contado muchas historias sobre ese lugar. Le dijo que la isla estaba maldita, que nadie debía acercarse, pero Valeria no podía dejar de pensar en lo que debía esconder ese misterioso lugar.

Un día, después de años de escuchar los relatos y de sentir una creciente inquietud, Valeria decidió que debía descubrir la verdad por sí misma. Tomó la decisión de zarpar al amanecer, en un pequeño bote que su padre había usado muchas veces, y desafiar las supersticiones del pueblo. No le importaba lo que decían los demás. El deseo de conocer lo desconocido era más fuerte que el miedo.

Antes de partir, se despidió de su madre con una sonrisa, ocultando la inquietud que sentía en su interior. "Volveré pronto", le prometió, aunque no sabía si esa promesa podría cumplirse. Cuando el sol comenzó a ascender, Valeria ya estaba en el mar, remando hacia la isla. Las olas eran tranquilas, y el cielo estaba despejado, lo que le dio un sentimiento de calma, aunque algo en su interior le decía que esta aventura cambiaría su vida para siempre.

El viaje fue largo, más largo de lo que había anticipado, y el sol comenzó a ponerse cuando finalmente alcanzó las costas de la isla. A medida que se acercaba a la orilla, Valeria notó que el paisaje era aún más extraño de lo que había imaginado. Árboles gigantes, con hojas plateadas, se alzaban sobre un suelo cubierto por una capa de niebla espesa. El aire era denso, y el ambiente tenía una atmósfera mágica, casi irreal. La isla parecía estar suspendida en el tiempo, como si hubiera estado esperando a alguien durante siglos.

Valeria ancló su bote en la playa y comenzó a caminar. Cada paso que daba era acompañado por un extraño susurro que parecía venir de las profundidades de la isla. Al principio pensó que era el viento, pero a medida que avanzaba, el sonido se volvía más claro. Era como si la isla misma estuviera susurrando secretos al oído de quien se atreviera a escuchar.

A lo lejos, vio una figura solitaria, una silueta que parecía moverse entre los árboles. Valeria, aunque cautelosa, decidió acercarse. A medida que se aproximaba, la figura se hizo más definida, y descubrió que era un hombre mayor, con una barba larga y blanca, vestido con ropas que parecían de otro tiempo. Él la observó sin sorpresa, como si la estuviera esperando.

"Bienvenida a la Isla de la Luna", dijo con voz grave, pero cálida. "Sabía que alguien vendría."

Valeria se sorprendió. No sabía qué decir. "¿Quién eres?", preguntó, mirando al hombre con atención.

"Soy el guardián de este lugar", respondió el hombre, inclinando levemente la cabeza. "Hace mucho tiempo, esta isla fue un refugio para aquellos que buscaban respuestas sobre la vida y la muerte. Ahora, solo quedan sus ecos. Pero tú, joven, has venido aquí por algo más. ¿Qué buscas?"

Valeria no estaba segura de cómo responder. Había llegado buscando respuestas sobre la isla, pero algo dentro de ella le decía que había algo mucho más profundo que debía descubrir. "Busco... la verdad", dijo finalmente.

El hombre asintió lentamente. "La verdad es peligrosa", advirtió. "En esta isla, todo tiene un precio. La luna te observa, y aquellos que no están preparados para enfrentar lo que revelan sus rayos, suelen perderse para siempre."

Valeria sintió un escalofrío recorrer su espalda. Sin embargo, no podía dar marcha atrás. Algo dentro de ella la impulsaba a continuar. "¿Qué debo hacer?", preguntó con determinación.